

CRISTALES ROTOS

Gregorio Peces-Barba

JUAN CARLOS
RODRÍGUEZ IBARRA

jcribarr@fundceri.org

El martes pasado murió Gregorio Peces-Barba y el miércoles recibió sepultura en Colmenarejo; pueblo de Madrid, rodeado de familiares y amigos que quisieron acompañar sus restos en un sencillo funeral de carácter civil, en concordancia con lo que Peces-Barba, cristiano de profundas convicciones, quiso que fuera su vida y, seguramente, su final; es decir, una estricta separación entre el Estado y la Iglesia, donde el respeto mutuo entre ambos hiciera llevadera la convivencia entre los españoles.

Ahora que tanto se lleva la simpleza esa de decir que "todos los políticos son iguales", Gregorio Peces-Barba no era un político igual que los demás. No lo fue cuando, allá por los años sesenta, decidió comprometerse, primero con la democracia cristiana y, posteriormente, con el socialismo para tratar de unir sus esfuerzos con los de otro puñado de españoles que abominaban de un régimen que nos privaba de la libertad. Él, como otros, no entró en política para engañar o para beneficiarse de la misma, sino para jugarse su carrera y su profesión frente a la dictadura y a tantos que apoyaban implícita o explícitamente ese repugnante totalitarismo. No fue por dinero por lo que entró en política, sino por compromiso y eso le hace distinto de quienes no siguieron ese camino, gracias al cual hoy vivimos en libertad.

No fue igual que los demás cuando en el 27 Congreso del PSOE, celebrado en Madrid en 1976, todavía en la ilegalidad pero desafiando la ley franquista, Gregorio trató de presentar una candidatura a la Secretaría General del PSOE, alternativa a la de Felipe González, Alfonso Guerra y Ramón Rubial, bajo el argumento de que el socialismo español acudía a la transición política española cargado de ideología y radicalismo, como consecuencia de

cuarenta años de clandestinidad. Gregorio fue el primer socialista que pensó que el PSOE debería moderar su ideario para acomodarse a la nueva sociedad que estaba formándose en esos tiempos. No consiguió el apoyo suficiente de los delegados, pero el resultado de las elecciones de 1977 y de 1979 obligaron al partido socialista a realizar un Congreso extraordinario, en el que se establecieron las bases de un nuevo socialismo que permitieron presentarse ante la sociedad con un discurso nuevo y renovado que le llevaron al Gobierno de España en 1982. Gregorio fue el primero que se dio cuenta de que el socialismo español necesitaba de ese viraje para entroncar con quienes ya no eran los españoles de los años duros de la dictadura.

No fue igual que los demás cuando en las Cortes constituyentes fue nombrado

secretario general del Grupo Parlamentario Socialista y tuvo que medir su dialéctica y oratoria con diputados tan brillantes como Herrero de Miñón, Óscar Alzaga, Santiago Carrillo, Blas Piñar, Manuel Fraga, Jordi Pujol o Javier Arzallus. Su brillante papel, unido a su conocimiento profundo de los Derechos Fundamentales de las personas, le llevaron como ponente socialista a la Comisión que se encargó de redactar la propuesta de Constitución que los españoles aprobamos en diciembre de 1978. En esa Comisión brilló con luz propia y demostró su independencia de criterio, poniendo de manifiesto que en los partidos políticos no se está para obedecer, cuando sin previo aviso, Gregorio abandonó esa ponencia constitucional puesto que, en su opinión, no se estaba abordando el capítulo primero, de Derechos y Libertades,

de la manera que él creía conveniente, provocando una crisis institucional que más tarde pudo resolverse gracias a que, durante el tiempo en que permaneció en la Ponencia, pudo crear un ambiente de amistad con el resto de los ponentes, algunos de ellos alejados ideológicamente de lo que él representaba. No, no era igual que los demás.

Y no lo fue, cuando en 1982 fue elegido, por unanimidad, presidente del Congreso de los Diputados; para demostrar su independencia al frente de la Cámara donde reside la soberanía nacional, Gregorio entregó su carné de militante del PSOE, como gesto simbólico y expresivo de lo que iba a ser su función, es decir, presidente de todos los diputados y no el representante de los socialistas en la Cámara Baja. Imprimió un estilo propio a su mandato y dignificó el Congreso, pro-



Murió sin que nadie haya tenido que recriminarle nada de su vida privada o profesional

curando que las formas fueran el fiel reflejo del fondo porque, Peces-Barba, demócrata convencido, era un formalista integral que no admitía componendas que pusieran en evidencia el papel representativo de las Instituciones democráticas.

No fue como los demás porque, al terminar su vida política activa, no se enroló en actividades que pusieran en evidencia su condición de militante socialista; se volvió a sus clases de la Universidad y, nombrado rector de la incipiente Universidad Carlos III, impulsó el prestigio y la excelencia de esa Universidad, en el sur de Madrid, en la que casi nadie creía.

Y no fue como los demás porque murió como había vivido, con dignidad y sin que nadie haya tenido que recriminarle nada de su vida privada o profesional.

El cielo protector

FRANCISCA GODÓY



Entre abril y octubre, en el desierto del Sáhara, los atardeceres son como un bálsamo para los cuerpos castigados por el sol. Apenas comienza a oscurecer, las familias sacan al patio —una porción de arena cercada por varios cuartos de adobe— una recia alfombra de rafia lo suficientemente grande como para cobijar holgadamente a todos los de la casa, el brasero y los

utensilios del té y cualquier visita esperada o imprevista que se pudiera presentar. El lento declive del sol va refrescando la temperatura sofocante y anima la conversación. Entonces, inopinadamente, cae la noche y al levantar la vista el espectáculo del cielo es sobrecogedor: tras el velo rojizo, sucio y quemado de la atmósfera diurna se oculta una cúpula celeste tan invadida de estrellas que es imposible hallar un hueco entre una y otra. Y tan cercana... que más que creer que vas a poder tocarlas con la mano... temerás que no te dejen espacio para respirar.

Sobre esa alfombra de rafia —que es

sintética y por más señas china aunque me revuelve las tripas admitirlo— la familia duerme un sueño corto y reparador hasta el amanecer. En ese momento comenzarán de nuevo a librar otra batalla contra el sol, que sólo resultará vencido cuando la alfombra de rafia vuelva a ser extendida sobre la ardiente arena.

El ritmo agotador de esta guerra permanente, cuyas treguas nocturnas apenas reconstituyen más espiritual que físicamente, se rompe cada verano para unos pocos miles de niños que viajan desde el desierto en el que nacieron como refugiados para pasar sus vaca-

ciones en Paz en España. El pueblo saharauí envía a sus niños allá donde quieran acogerlos para alejarlos del inhóspito asilo donde el sol los abrasa y para recordarnos a todos que resisten en ese trozo inhabitable del planeta porque creen que lo deben hacer para legarles a sus hijos, a falta de tierra, dignidad.

Cuando ya están ahitos de helados y chuches, hartos de piscina, aburridos con la DS y la Play y deseando volver con sus regalos para toda la familia, mis niños saharauí enarbolan un argumento apabullante: ¡Pero si aquí ni siquiera tenéis estrellas!